

UN CUARTO EN LA AZOTEA

RUSKIN BOND

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE MARÍA LÓPEZ GONZÁLEZ



CAPÍTULO 1

La leve lluvia de primavera cabalgaba sobre el viento hacia los árboles, volando carretera abajo; impregnaba el aire de una fragante frescura, un olor a tierra, un aroma de flores; prestaba una sonrisa a los ojos del chico de la carretera.

El largo camino asfaltado circunvalaba y horadaba las montañas, subía y bajaba y torcía hacia Dehra¹; descendía de las montañas y atravesaba los bosques y el valle y, después de cruzar la ciudad, terminaba en algún punto del bazar. Pero nadie sabía exactamente dónde acababa, ya que el bazar era un lugar desconcertante, en el que las calles se desvanecían con facilidad.

El chico se encontraba a tres millas de Dehra. Cuanto más lejos pudiera estar de la ciudad, más feliz sería. Justo en ese momento se hallaba solo a tres millas, así que no se sentía especialmente contento, y, lo que era todavía peor, estaba recorriendo el camino de vuelta a casa.

Era un chico pálido, con los ojos gris azulado y el cabello claro; la cara era redonda y bien definida y el labio inferior colgaba pesado y flácido. Llevaba las manos en los bolsillos y la cabeza baja; así era como siempre caminaba, lo que le daba un engañoso aire de hastío. Era una persona perezosa, pero no hastiada.

1 Se refiere a la ciudad de Dehradun, puerta de acceso a las carreteras de montaña que llevan a los Himalayas, situada entre los ríos Ganges y Yamuna y centro de multitud de colegios militares e internados, algunos creados durante la época de los británicos, que elegían esta ciudad por el clima, menos extremo que en Delhi, y por la peculiar geografía del lugar.

Le gustaba cuando la lluvia le moteaba de agua la cara, le gustaban su olor y su frescura; no miraba a su alrededor ni era consciente de lo que lo rodeaba, su mente, como de costumbre, estaba muy, muy lejos, pero percibía el ambiente y sonreía.

Sus pensamientos andaban tan lejos que pasaron unos minutos hasta que se dio cuenta del sonido sibilante de las ruedas de una bicicleta tras él. El ciclista no lo adelantó, sino que pedaleó a su lado, estudiándolo, absorbiendo cada detalle visible: la cabeza afeitada, la camisa con el cuello abierto, los pantalones de franela, las sandalias, el grueso cinturón de cuero alrededor de la cintura... La visión de un chico europeo había dejado de ser habitual en Dehra, y Somi, el ciclista, estaba fascinado.

—Hola —dijo Somi—. ¿Quieres que te lleve a la ciudad? Si es que vas hacia allí.

—No, estoy bien —dijo el chico sin aminorar el paso—. Me gusta andar.

—Y a mí también, pero está lloviendo.

Y, para reforzar el argumento de Somi, la lluvia cayó con más fuerza.

—Me gusta caminar cuando llueve —dijo el chico—. Y no vivo en la ciudad, sino fuera de ella.

La gente de bien no vivía en la ciudad.

—Bueno, puedo acercarte adonde vivas —insistió Somi, decidido a ayudar a aquel extraño.

El chico volvió a mirar a Somi, que iba vestido como él excepto por los pantalones cortos y el turbante. Las piernas de Somi eran largas y atléticas, el color de su piel era de un inusual dorado intenso, sus rasgos eran correctos, su boca pronto dejaba paso a una mueca afable. Era

imposible resistirse a la calidez de su naturaleza.

El chico se encaramó a la barra, delante de Somi, y partieron.

Conducía despacio, deslizándose por las colinas bajas y, enseguida, el bosque a ambos lados del camino comenzó a dejar paso al campo abierto y a las plantaciones de té y, luego, a los huertos y a una o dos casas.

—Cuéntame cuándo llegaste a este lugar. ¿Vives con tus padres? —preguntó Somi.

El chico consideró que esa era una pregunta demasiado personal para un extraño y no contestó.

—¿Te gusta Dehra? —prosiguió Somi.

—No mucho —contestó el chico con retintín.

—Bueno, después de Inglaterra, te debe parecer aburrido...

Se produjo una pausa y luego el chico espetó:

—Nunca he estado en Inglaterra. Yo nací aquí. Nunca he estado en ningún otro sitio, excepto en Delhi.

—¿Te gusta Delhi?

—No mucho.

Siguieron pedaleando en silencio. La lluvia caía todavía, pero la bicicleta avanzaba con suavidad por la carretera húmeda, produciendo un suave sonido.

En ese momento un hombre que caminaba hacia la ciudad (no, no era un hombre, era un adolescente, pero tenía el aspecto y la complexión de un hombre) apareció a lo lejos.

—¡Ey, Ranbir! —chilló Somi cuando se acercaron a su fornida figura—. ¿Quieres que te acerque a algún lado?

Ranbir corrió hacia la carretera y se subió con fa-

cilidad al transportín, detrás de Somi. La bicicleta se tambaleó un poco, pero pronto se estabilizó y continuó avanzando, ahora un poquito más deprisa.

Somi le habló al oído al chico:

—Este es mi amigo Ranbir. Es el mejor luchador del bazar.

—Hola, señor —dijo Ranbir, antes de que el chico pudiera abrir la boca.

—Hola, señor —contestó el chico.

Después, Ranbir y Somi comenzaron una rápida conversación en punyabí y el chico se sintió perdido; incluso, por alguna extraña razón, celoso del recién llegado.

Alguien apareció entonces de pie en el medio de la carretera, agitando los brazos frenéticamente y chillando cosas incomprensibles.

—Es Suri —dijo Somi.

Era Suri.

Llevaba gafas y a simple vista parecía retraído. Suri poseía una astucia casi criminal y era respetado y despreciado a partes iguales por todos los que lo conocían. Era raro encontrarlo fuera del pueblo, ya que sus intereses se limitaban a la gente y a sus vidas privadas; estas, en cuanto eran conocidas por Suri, pasaban a ser de dominio público.

Era un chico enfermizo, pálido y huesudo, pero probablemente viviría más tiempo que Ranbir.

—¡Ey, llévame! —gritó.

—Ya somos demasiados —dijo Somi.

—Oh, venga Somi, me estoy ahogando.

—Ha dejado de llover.

—Venga, vamos...

De modo que Suri se encaramó al manillar, lo cual obstaculizaba bastante el campo de visión de Somi y provocaba que la bicicleta se tambaleara sin parar. Ranbir resbalaba constantemente del trasportín, para volver a subir de nuevo, y el chico encontraba la barra demasiado incómoda. Somi comenzaba a controlar la bicicleta a duras penas cuando Suri empezó a lamentarse.

—Duele —gimoteó.

—No tengo un cojín —dijo Somi.

—Es una bicicleta —dijo Ranbir con amargura—, no un Rolls Royce.

De repente la carretera bajó abruptamente y la bicicleta fue cogiendo velocidad.

—Tranquilos ahora —dijo Suri—. Porque si no... ¡voy a despegar!

—Agarraos fuerte —avisó Somi—. Es cuesta abajo casi todo el camino. Tendremos que ir deprisa porque los frenos no son muy buenos.

—¡Oh, mamá! —sollozó Suri.

—¡Cállate! —le ordenó Ranbir.

El viento los azotaba con una fuerza fulminante y sus ropas se hincharon como globos, casi arrancándolos del vehículo. El chico olvidó su incomodidad y se agarró con desesperación a la barra, demasiado nervioso para decir nada. Suri aullaba y Ranbir no paraba de decirle que se callara, pero en cambio Somi estaba disfrutando del viaje. Se reía alegremente, con una risa clara, cantarina, una risa que no contenía un ápice de maldad o burla, sino solo diversión, gozo...

—Está muy bien que tú te rías —dijo Suri—. Pero si algo pasara, *yo* resultaría herido.

—Si algo pasara —dijo Somi—, *todos* resultaríamos heridos.

—Eso es cierto —chilló Ranbir desde atrás.

El chico cerró los ojos y puso toda su confianza en Dios y en Somi, sobre todo en Somi...

—¡Oh, mamá! —sollozó Suri.

—¡Cállate! —chilló Ranbir.

La carretera se retorció y giraba hasta límites insospechados y se elevaba ligeramente para caer más en picado todavía una vez superada la cima. Pero, finalmente, terminó por nivelarse un poco a medida que se acercaban a la ciudad, ya casi entrando en la zona residencial.

—Se acabó el paseo —dijo Somi un poco pesaroso.

—¡Oh, mamá!

—Cállate.

—Tengo que bajarme aquí, vivo muy cerca—dijo el chico.

Somi puso la pata de cabra a la bici y Suri saltó del manillar a una acequia embarrada. El chico se deslizó de la barra al suelo, pero Somi y Ranbir se quedaron en su sitio, el último con los pies en el suelo para mantener estable la bicicleta.

—Bueno, pues muchas gracias —dijo el chico.

—¿Por qué no vienes y comes con nosotros? No está muy lejos de aquí —añadió Somi.

La timidez del chico no terminaba de desaparecer.

—Debo ir a casa —contestó—, me esperan. Muchas gracias.

—Bueno, ven a vernos alguna vez —dijo Somi—. Si vas a la tienda de *chaat*² en el bazar seguro que te encon-

2 Aperitivo cuya base es siempre una masa de harina frita acompañada de

trarás con alguno de nosotros. ¿Conoces el bazar?

—Bueno, he pasado por allí. En coche.

—¡Oh!

El chico comenzó a alejarse de allí, sus manos una vez más en los bolsillos.

—¡Ey! —gritó Somi—. ¡No nos has dicho tu nombre!

El chico se volvió, dudó.

—Rusty... —dijo finalmente.

—Nos vemos pronto, Rusty —se despidió Somi, y la bicicleta se puso de nuevo en marcha.

El chico miró cómo la bici se alejaba carretera abajo y la excitada voz de Suri le llegó con el viento. Había dejado de llover, pero el chico no se había dado cuenta; estaba casi en casa y eso era un pensamiento desalentador. Para su sorpresa y su indignación, se encontró a sí mismo deseando haber ido a Dehra con Somi.

Se quedó en la cuneta mirando hacia abajo, hacia la carretera vacía y, de nuevo para su sorpresa e indignación, se sintió inconmensurablemente solo.

trozos de patata, garbanzos, cebolla, yogur, una mezcla de especias y salsas de *chutney* —acompañamiento de especias y picantes machacados hasta formar una salsa espesa—, jengibre y tamarindo. Según los ingredientes que contenga puede presentar distintas variantes: *allu tikki* (como una especie de croqueta especiada de patatas), *gol-guppa* (esfera de masa dorada y crujiente, rellena de jugos y salsas picantes que se come de una vez).